

**CUENTO N° 297**

**TÍTULO: EL TERCERO EN ACECHO**

**SEUDÓNIMO: LIAM**

**AUTOR: AMÉRICO BASCOUR PINO**

### **El Tercero al Acecho.**

El padre Luciano se había ganado el cariño y el respeto de los habitantes de aquel pequeño villorrio perdido en el norte de Chile. Sus prédicas reflejaban la simpleza, su enorme sabiduría y la bondad que parecían brotar a raudales de su pequeño cuerpo.

Aun cuando la comunidad estaba compuesta por humildes y pacíficos pastores, soñadores y sacrificados pirquineros y abnegadas dueñas de casa que junto con asear la vivienda, preparar la comida, alimentar a las gallinas y enviar a los hijos a la escuela, el padre Luciano, solía de vez en cuando, “componer” las relaciones familiares y de vecinos, que muy de tarde en tarde se quebraban por triviales desacuerdos.

Esto, las visitas a los enfermos, las conmovedoras despedidas a quienes abandonaban este mundo, las campañas solidarias que acostumbraba a emprender en beneficio de los más necesitados, además de sus prédicas tan simples y cautivantes, lo habían convertido en un afectuoso y querido líder,

En ocasiones el padre subía a la cima de la montaña que rodeaba el pueblo. Algunos decían que era un retiro espiritual y cuando alguien lo escuchó hablar solo, tuvieron la certeza de que conversaba con Dios.

Pasaba largo tiempo contemplando un hilo de agua cristalina que bajaba entre las rocas y en cuya cercanía, de vez en cuando encontraba algún pájaro muerto, al cual piadosamente enterraba en la arena.

Una mañana cualquiera, el pueblo observó con asombro la llegada de aquel solitario forastero, de edad madura que llegó a ocupar una de las casas desocupadas del pueblo, que comúnmente veía disminuir en vez de aumentar el número de sus habitantes. El primer día se dedicó a reforzar los pilares de la ruinosa vivienda y a sacar la gran cantidad de arena con que el desierto amenazaba con sepultar la frágil estructura de palos retorcidos y el

adobe profundamente agrietado por los años y el implacable sol que reinaba durante el día.

Con el transcurso de los días, los lugareños se dieron cuenta que el forastero gastaba su tiempo en vagar sin rumbo por la montaña. Más de un pirquinero lo vio en las alturas sentado en una roca, con la vista y el pensamiento perdidos en la inmensidad del horizonte.

Pocos lograron sacarle palabras a aquel hombre pálido y delgado que parecía sufrir los embates de amargos recuerdos que se reflejaban en su rostro siempre serio y lleno de profundos surcos. Una pronunciada cicatriz en su frente, acentuaba su aspecto de sufrida vejez.

Muy de tarde en tarde, el extraño llegaba hasta la casa de un vecino, para comprar queso de cabra o un trozo de carne de chivo, cuando se enteraba que habían “carneado” uno de estos animales. Solía hablar solo lo necesario, pagaba el valor de su compra y se alejaba en silencio hasta su hogar.

Una mezcla de recelo y respeto, impedía a los lugareños acercarse a la vivienda de aquel hombre y ni siquiera a intentar entablar una conversación, ya que él no daba lugar a ello.

Por eso, cuando al cabo de algunas semanas apareció en la vieja casona adaptada como capilla, los fieles dejaron de respirar por algunos segundos, y el padre Luciano interrumpió su sermón. Después de algunos instantes, se dirigió al recién llegado para darle la bienvenida. Instalado en la última banca, su rostro no se alteró, pero hizo un leve movimiento de cabeza. Terminado el oficio religioso, se alejó con paso cansino en dirección a su casa. Esta situación se comenzó a repetir por varios domingos. El forastero parecía seguir con atención las distintas etapas de la misa, en especial la prédica del padre.

A las 15 hrs. De un día miércoles, en que el pueblo entero parecía dormir siesta, presa del agobiante calor, le informaron al padre Luciano, que tenía una visita. No sin sorpresa, se encontró frente al forastero.

Padre- dijo éste, - necesito confesarme. Creo que si no lo hago voy a enloquecer.

Lo observó con atención, ya que era la primera vez que lo veía de tan cerca. Constató la angustia y desesperación reflejados en unos ojos sin luz, insertos en un rostro muy ajado, con una gran cicatriz en la frente. El padre Luciano tuvo la certeza, en esos instantes, que se encontraba frente al hombre más desgraciado del mundo.

-Creo que no es necesario ir al confesionario-dijo el hombre con voz cansada, dejando caer pesadamente su humanidad sobre una de las bancas- le diré de frente mi confesión.

El padre Luciano estuvo de acuerdo y acercó una silla para sentarse frente a él. Hubo un breve silencio, en que al parecer el recién llegado, escudriñó en su memoria, buscando las palabras adecuadas, para describir los hechos que lo atormentaban.

Soy jubilado- comentó por fin- Durante 20 años trabajé para el ejército. A partir de Septiembre del año 73, la rutina militar, al igual que de la gran mayoría de los chilenos, cambió radicalmente. Ordenes perentorias de mis superiores me involucraron en repentinas detenciones de hombres y mujeres, cuya armonía familiar se rompió para siempre.

De un comienzo sentí que lo que hacíamos estaba mal. Sin embargo, ataques y emboscadas de los rebeldes, me fueron endureciendo. Vi y participé en sorpresivos allanamientos y detenciones nocturnas de innumerables infelices. Vi torturas aberrantes en que se rompieron dedos de manos y pies... en que se sacaron dientes sanos, con alicates y se aplicó corriente en órganos genitales.

En más de una ocasión, vi altivas y aguerridas mujeres, que después de rasguñar y escupir el rostro de oficiales, fueron golpeadas brutalmente y semi aturdidas violadas una y otra vez, por distintos militares, que enloquecidos se burlaban y reían de ellas.

Hubo un prolongado silencio, al cabo del cual el hombre pidió con voz entre cortada, un vaso de agua.

El padre se persignó cuando pasó frente a Jesús crucificado, para desaparecer detrás de una puerta. Volvió con un jarro de vidrio con agua y un vaso en la otra mano. Después de beber el hombre murmuró; No me he sentido bien, pero creo que hablar de esto, me hará bien. Volveré mañana.

Fue así, como durante varios días, el forastero llegó hasta la capilla a ocupar la misma banca. Frente a él, separados por un jarro de vidrio con agua fresca y un vaso. El padre Luciano escuchaba con mucha atención aquel relato, cada vez más espeluznante. Cuando la descripción de los hechos, se tornaba más estremecedora, el afuerino aceptaba el vaso con agua, que le ofrecía el cura y parecía calmarse.

En cierta ocasión recibí la orden de inspeccionar un pequeño poblado cercano a Puerto Montt, cuyo nombre no recuerdo. La patrulla a mi cargo se separó para hacer más expedito el registro de las pobres viviendas.

El hombre que picaba leña, al lado afuera de su casa, se negó a que registráramos su vivienda. Por tal razón ordené que lo apresaran. Fue entonces que escuché el grito desgarrador de una mujer, al tiempo que recibí un violento fierrazo en la frente, cuya cicatriz, jamás pude borrar.. Mientras los tres hombres que me acompañaban, luchaban con el dueño de casa, caí al suelo. Hice un supremo esfuerzo para no perder el conocimiento, y cuando la mujer me iba a rematar con el fierro en la mano, saqué mi revólver y la maté de dos tiros. Dos muchachitos idénticos, sin duda gemelos, se abalanzaron sobre mí.

El hombre hizo otra pausa y bebió de nuevo un vaso de agua – Yo había perdido completamente el control –prosiguió- presa de una furia incontenible, apreté reiteradamente el gatillo y en un acto de locura, maté a los dos pequeños.

Un pesado silencio cayó en la nave de la capilla. El padre Luciano que hasta entonces había escuchado con relativa serenidad la confesión, ofreció con un leve temblor en la voz: - Beba... le hará bien otro vaso de agua...

.Créame padre. Murmuró con voz apenas audible- No ha pasado ni una sola noche, desde aquel día, en que no retumbe en mis oídos, el grito desgarrador de aquella mujer y vea, aún en la oscuridad, el espanto reflejado en el rostro de aquellos niños iguales.

Cuando el hombre se alejó del lugar, el padre Luciano se quedó sumido en profundos y dolorosos pensamientos.

Al día siguiente, esperó inútilmente la llegada de aquel hombre atormentado por los recuerdos. Tampoco apareció en los días que siguieron. Al cuarto día, Don Orlando y su mujer, uno de los más antiguos habitantes del sector, llegaron hasta la capilla, para comentar agitadamente: Padre, creemos que algo muy malo ha ocurrido en la casa del forastero. Se siente un terrible mal olor...

Instantes después, el padre y el viejo matrimonio, forzaban la puerta de aquella ruinoso vivienda. Los tres tuvieron que recurrir a sus pañuelos para cubrir sus fosas nasales, para atenuar ese terrible olor.

Tendido en el rústico camastro y con una terrible mueca de dolor en el rostro, yacía el forastero.

Los funerales fueron muy rápidos, ya que la descomposición del cadáver, así lo ameritaba. Contrariamente a lo acostumbrado, las palabras

del padre Luciano fueron esta vez, más bien breves y carentes de emotividad. Entonces los pobladores provistos de los cordeles que comúnmente se usaban para estas maniobras, bajaron el improvisado ataúd a la reciente excavación en el descuidado cementerio, a los pies del cerro.

Aquella noche después de rezar por largo, largo rato, el padre Luciano se retiró a su alcoba. Sin embargo, el recuerdo de dolorosos acontecimientos, no le permitían conciliar el sueño. Como nunca sintió el impetuoso fluir del torrente sanguíneo en sus venas y el loco galopar de su corazón. Era ya de madrugada y se encontraba aún en estado crepuscular, cuando afloró una vez más aquella brumosa mañana en Tepual, pequeño poblado cercano a Puerto Montt. Le había correspondido el turno de ir por agua, al pozo entre la exuberante vegetación. El balde cayó de sus manos cuando paralizado de terror, vio detrás de las zarzamoras, que lo cubrían, cómo sus padres y hermanos eran brutalmente asesinados, por aquellos sanguinarios militares.

Aquel extraño jamás sabría que los niños que mató tan cruelmente no eran gemelos, sino trillizos y que el tercero observó ese terrible episodio confundido en la densa vegetación, con el corazón en las manos y los ojos llenos de lágrimas, sin poder gritar ni moverse. Con el paso de los años aquel desgraciado joven ingresaría al Seminario, para refugiarse en la fe y olvidar sus infinitas ansias de venganza.

Tampoco se enteraría el forastero, que en un sector de la montaña, caía un débil y cristalino hilo de agua, que contenía una increíble concentración de arsénico...